

Las Dominicales

Semanario Libre pensador
SOSTENIDO POR LAS ALMAS LUMINOSAS

No más, no horrores, no mentas, no
provariques, honra á tus padres, en
suma, cumple la ley de Dios, amándolo
y sirviéndolo.—Molés.

La fuente de la vida es la ciencia. En
espao de duda, el juez supremo es la
conciencia.—Musa.

Conócete á tí mismo.—Sócrates.

Trabaja para extirpar el mal. Rebo-
llalo la tierra cubriéndola de vegetales
y animales útiles.—Zoroastro.

Todos los hombres son iguales. No
hay otra diferencia entre ellos que las
virtudes que poseen.—Aristóteles.

Amos los unos á los otros.—Sed per-
fectos como nuestro Padre que está en
los cielos.—Jesús.

La piedad no consiste en levantar el
rostro hacia Levante ó Poniente. Pi-
duse es el que accorro á los huérfanos,
á los Pobres, rescato los cautivos, ob-
serva la oración, da limosnas, es pieci-
to en la adversidad. El que es justo y
teme á Dios clemente y misericordioso.
—Malcom.

El pájaro que late, la mujer que
arregla su casa, el magistrado que des-
cansa sus funciones, el obrero que
trabaja, hacen una obra tan santa como
el monje que ora y ayuna.—Lucretio.

Desde la infa hasta la Francia el
no ve más que una familia inmensa
que debe regirse por las leyes del
amor. Morales, todos los hombres.—
Voltaire.

Haz el bien por el bien. No emplees
juras ni amenazas como un simple
medio. Respécitate como un fin.—Rusó.

El hombre debe realizar bajo Dios la
armonía de la Naturaleza y el Espíritu
en forma de voluntad racional y por el
puro bien.—Kant.

Que la verdad ostente todos sus
placeros en la tierra; que su despo-
mon los templos y calzas bellas por
los trojes, y se autorice bajo el fuego
los alborozos del vellocino de oro al
entropion en su camino. El agua, pues,
á la verdad divina.—El Espíritu de
siglo.

AÑO I

PRECIOS.—Madrid: Trimestre, 2 pesetas. id. Provincias:
2,50 id. Extranjero: Año, 12 id. Ultramar: Año, 3 pesos oro.
Número suelto corriente, 10 céntimos de peseta. Idem idem
atrasado 25 id.—A los vendedores, 6 reales la mano.
El pago se hará por trimestres ó años anticipados.

MADRID

Viernes 23 de Agosto de 1901

Oficinas.—Calle de San Mateo, 18, 2.
Correspondencia.—Ferrando Lozano.
Apartado 100.
La Redacción no devuelve los manuscritos, ni responde
de los artículos firmados.

NÚMERO 28

CONTRA EL CONCORDATO

Después de haber demostrado en el número anterior la falsedad de los títulos alegados por la Iglesia para retener una parte de la soberanía de la nación española, porque es falso que Dios haya bajado á la tierra á depositar en los obispos poder alguno; apócrifo el pretendido testamento de Dios, hecho en unos evangelios que son puras leyendas; impostura que aún en esos evangelios se autorice á la Iglesia para ejercer soberanía alguna temporal; demostrado esto, patentémoslo ahora el derecho completo, el derecho absoluto del Estado español á ejercer, en toda su plenitud, sin limitación alguna, la soberanía nacional.

Después de haber probado la Enciclopedia que eran inalienables é imprescriptibles los derechos del hombre y que, por tanto, la realeza, la Iglesia y la aristocracia habían cometido una usurpación manifiesta al detentarlos, vino la gran Revolución á consagrar aquella verdad en el terreno de los hechos, destrinando al rey, á la nobleza y al clero para afirmar triunfadora la soberanía de la Nación.

Hechos y principios, filosofía ó historia vinieron, pues, á consagrar en toda su plenitud la soberanía nacional.

Mentirá el derecho divino de los reyes. Mentirá el poder de la Iglesia. Mentirá la jurisdicción de los nobles.

Esto habían dicho los enciclopedistas Diderot, D'Alambert, Turgot, Voltaire, Rousseau; y la masa entera del pueblo francés abriendo los ojos á la luz de la verdad repitió: «mentira, mentira.»

Y ya iluminada la inteligencia, encendiéndose en fuego sacro la voluntad, produciendo aquella ardiente ola que arrasó trono y altares y se llamara la Gran Revolución.

¿Quién discute desde entonces la plenitud de la soberanía nacional?

Probado que era un engaño el poder que se había atribuido la monarquía, la Iglesia que había ungido con el óleo santo aquel engaño, cayó en el descrédito y en la ruina. ¿Quién había de creer en adelante en una institución que había rodeado de los atributos divinos á los tigres coronados?

Por más que hicieron los reyes absolutos por impedir que las ideas francesas penetraran en sus reinos, por órdenes prohibitivas que dictaron para impedir la introducción por la frontera de libros franceses, todos sus esfuerzos fueron impotentes, y los reflejos de las llamadas revoluciones arias al extenderse por Europa iluminaron las inteligencias, despertándolas de un sueño secular y bastó el corto espacio de un siglo para que los principios revolucionarios tomaran carta de naturaleza por todas partes, cambiando la faz de las naciones y afirmando definitivamente el nuevo sobre el antiguo régimen.

¿Qué nación civilizada pone ya como base de su constitución el derecho divino? Ninguna.

¿Qué nación pone como base la soberanía nacional? Todas.

¿Qué mucho, si el mismo Papa, el representante del viejo derecho divino ha tenido que doblar la frente y reconocer y acallar el principio de la soberanía nacional!

Hay una nación, la nación francesa, que ha sacado todas sus instituciones políticas actuales de ella misma, sin mezcla alguna extraña, sin ir á pedir á Roma permiso para constituirse, ni solicitar las bendiciones pontificias para el primer magistrado de la nación. Todo lo que hay en la República francesa viene, sin duda, de fuente humana, nada de fuente divina.

Pues bien; el papa romano, lo sabe todo el mundo, dijo hace algunos años á los católicos franceses: «Aceptad las instituciones que vuestro país se ha dado; ingresad en el campo de la República.»

¿Quién discutirá ya siquiera la legitimidad de la plenitud de la soberanía nacional? Para ello tendría que ser más papista que el papa.

Conste, pues, que los principios fundamentales de la revolución francesa, están ya aceptados por todos, incluso por sus enemigos más furiosos, y que la soberanía nacional es un principio que obtiene el asenso de la universalidad de las opiniones.

Supón tú, lector, quien quiera que seas, que creyendo que tenía derecho á ello, has concedido á un extraño la mitad, el cuarto, el

quinto de la propiedad de tu casa, pero llega un día en que se demuestra que el título del extraño, al goce de aquella parte de tu propiedad, es falso, consiguiendo en ello hasta el extraño mismo, conseguirás cediéndole el derecho que usurpaba?

Pues hé aquí el caso mismo. Copartícipe como eres en la propiedad de la soberanía de la nación, y evidenciando que esa soberanía es plena, no puede, no debe tener limitación alguna, según ha reconocido el papa mismo en el caso de Francia, ¿seguirás reconociendo la soberanía pontificia, seguirás reconociendo el Concordato que limita la plenitud de tu soberanía?

Serías un imbécil, un mentecato, un hombre despreciable, que no lo hay mayor que aquel que entrega sus derechos para que los puerocos los huellen con los pies.

Así la declaración de caducidad del Concordato es un deber elemental de todo español que no haya perdido el sentimiento de la dignidad y no sea un miserable siervo, digno de que se le azote el rostro á latigazos.

Pero esa infamia acrece aún cuando se tiene en cuenta que la renuncia de cualquier español es la plenitud de la soberanía nacional, es un acto de infame é ignominiosa ingratitud hacia sus padres que, con sublime heroísmo, supieron conquistar y afirmar esa soberanía.

De rodillas debíamos caer todos para adorar la memoria de aquellos varones inmortales que al alumbrar el siglo XIX consagraron con su pensamiento y con su brazo, en principios y hechos, sobre el templo de la ley, vertiendo á torrentes la luz de sus inteligencias, y sobre los campos de batalla vertiendo á torrentes la sangre de sus venas, el principio intangible de la soberanía nacional.

«España—escribieron los inmortales legisladores de Cádiz—, es una nación libre é independiente, y no es ni puede ser propiedad de ninguna familia ni persona.»

Y sobre ese principio de la plena, de la absoluta soberanía nacional, levantaron aquel edificio grandioso que se llama la Constitución del año 12.

Cierto; los legisladores de Cádiz declaran á Fernando VII único y legítimo rey; pero es porque lo quieren.

Cierto; consagran la religión católica como la única del Estado, con exclusión de toda otra; pero es porque lo quieren.

Hacen otras concesiones varias al antiguo régimen, pero todo es porque lo quieren. El principio de la soberanía nacional, puro é íntegro, sin cortapisa alguna, queda allí grabado de una manera indeleble, por siempre, para todas las generaciones que vinieran después, y el puso del antiguo régimen estaba cumplido, y la revolución estaba hecha.

El cobarde, el miserable rey Fernando VII estaba fuera. Después de haber renunciado en Napoleón sus derechos soberanos, se le veía arrodillado á las plantas de aquel entonces coloso, pidiéndole con lágrimas en los ojos que le declarara su «hijo adoptivo» y le diera una de sus parientas por esposa.

—Yo soy el soberano de hecho y de derecho en España, decía Napoleón presentando en una mano la renuncia de Fernando, y con la otra el botafuego de los cañones que tenía repartidos por todo el país apuntando al pecho de los españoles.

—Ese es tu soberano, repetía Fernando VII.

—No; el soberano soy yo, dijo el pueblo español por boca de sus representantes en las Cortes de Cádiz.

Y repitiendo con Tenorio: «lo escrito en este papel, mantenido está por él», conquistó en los campos de batalla con la espada lo que había escrito en las Cortes de Cádiz con la pluma.

¿Puede darse derecho más pleno más incondicional y absoluto á la soberanía?

«No seréis infames, viles, miserables, los españoles, que consentís en que se amenegue en una sola parcela aquel derecho sagrado?»

¿Qué honor, qué gloria haber tenido tales padres!

Porque aquel cetro que empuñaron supieron mantenerlo con la más alta dignidad, la más varonil fortaleza y la más sabia prudencia que hayan conocido los siglos.

No se extralimitaron, no se excedieron, supieron mantener en todo un justo medio; pero aquello que afirmaron, lo sostuvieron inmovibles como columnas de bronce.

La prudencia exigía que el rey siguiera

teniendo el Poder ejecutivo, y le dejaron el Poder ejecutivo, pero como una concesión de la soberanía nacional.

La prudencia ordenaba que quedara en pie la unidad católica; pero quitaron á la Iglesia el arma terrible con que la mantuvieron, derribando por siempre el bárbaro Tribunal de la Inquisición. Mas si transigieron con la tradición por su voluntad magnánima, no toleraban que se pusiera ni siquiera en tela de juicio su autoridad soberana.

¿Hace reservas mentales para acatar aquella soberanía el obispo de Orense, presidente de la Regencia? Pues le destituyen, le procesan y le condenan.

¿Se le pone de frente más tarde la Regencia entera? Pues barren á todos los regentes.

¿Se permite el Nuncio del Papa alegar protestas contra la supresión del Tribunal de la Inquisición? Pues expulsan del reino al Nuncio.

Así, con una tenacidad invisible y con una virilidad sin ejemplo, las Cortes de Cádiz supieron mantener inólgume el principio indiscutible de la soberanía nacional.

¿Cómo, pandilla de liberales traidores, turba de charlatanes republicanos socialistas y anarquistas, ¿consentiréis en que se siga hollando aquel principio, legado el más precioso que os dejaron vuestros grandes libertadores, aquellos que os dieron la patria sobre que fijáis la planta y el honor y la dignidad de hombres libres? ¿Toleraréis que ejerza soberanía en vuestra patria, mediante el Concordato, el pontífice que iba servilmente á ungrir con el óleo santo, temblándole la mano de miedo, la frente del usurpador Napoleón, mientras vuestros valientes padres mirando cara á cara á aquel coloso, por mantener la integridad de vuestra soberanía y vuestra independencia, caían en los campos de batalla á montones bajo el plomo enemigo gritando al cielo: «venganza y guerra!»

¿Qué reformas pretenderéis hacer valer seres prostituidos si ni siquiera sois capaces de mantener la herencia de honor nacional que os legaron vuestros padres?

¿Pensar en adelantar y progresar, los que no tienen alientos para mantener los derechos que sus padres les conquistaron y legaran hace un siglo á costa del más cruento martirologio, los que arrojan al arroyo la integridad de la soberanía nacional para que la pisen los puerocos vaticanistas, ¿qué derecho tienen á que se tomen en serio sus charlatanerías sobre revolución social? No saben hacer lo menos, ¿van á hacer lo más? No tienen fuerza para resistir al soberano que sus padres destruyeron hace un siglo, soberano que está ya en la agonía, preso y encadenado en su tierra, y van á tener fuerzas para destruir á contenedores de miles de soberanos que tienen la bolsa bien repleta, y cuentan con el apoyo de millones de soldados, y con todos los acorazados que flotan sobre los mares para defenderlos?

No hacer pausa en todas las cuestiones para concentrar la atención entera en ésta; no juntar todas las energías, todas las voluntades, todas las fuerzas de la España liberal para dar una solución definitiva á este problema, de modo que quede de una vez para siempre afirmada la soberanía exclusiva de la nación como lo proclamaron y sostuvieron nuestros gloriosos padres los legisladores de Cádiz, es reducirse á vivir en la abyección y en la ignominia.

Ciertamente, no debemos contentarnos con quedarnos ahí, hay que dar un gran empuje á la obra de la revolución; pero es insensato y propio de cerebros hueros y de espíritus inconscientes emprender obras nuevas dejando por acabar las antiguas.

A toda la España liberal interesa por igual este asunto, y si el partido gobernante no estuviera totalmente corrompido y degradado, sería él quien tomara la iniciativa para coronar y dar remate á esa inmortal obra comenzada por nuestros padres de asegurar la independencia plena y soberana de la voluntad nacional.

¿Tregua á todas las luchas hasta resolver esa cuestión de honor y de vitalidad nacional!

Militares y paisanos, descendientes de los inmortales legisladores de Cádiz, levanta una ola de indignación que llegue hasta el cielo y lo arrolle todo si algún miserable español intenta vender por imbéciles indulgencias de un poder engañoso, una sola parcela de nuestra intangible soberanía nacional.

LA INFLUENCIA DEL CLERICALISMO

NVI

Extranjerismo ultramontano.

En eso de los milagros no hay gento más incrédulo é impía que los propios fabricantes y almacenistas al por mayor.

Aún no habrá olvidado el lector los del niño Dominguito (no confundirle con el torero), el mal ahogado Armongo, el de la ostia que se volvió niño, el de las piedras llorando á Alfonso VI, etc. Lógico parecía, pues, que por la vía férrea por donde pasaron estos combos, como los llaman los portugueses, podrían pasar milagros pequeños y de uso cotidiano...

¿Pues no hay tal! Vaya la prueba: Vacante el obispado de León, los herejes (que había algunos en España) probaban que en un muladar próximo, donde hacía tiempo habían enterrado uno, se notaban portentos (castigo de Dios, por la piedad católica de haberle enterrado en un muladar!).

El pueblo acude en tropel; nota que una fuente contigua, abuela tal vez de la de Lourdes, cura ciegos, cojos, bicos y tullidos (había de tener exclusiva Lourdes?); se propaga la voz, se multiplica y palpan los milagros (de pega, exclama el Sr. Lafuente, como si le hubiera mordido un escorpión en la posadera exclusiva de la milagrería), y el pueblo entusiasmado los cree á ciegos, y allí mismo, en el muladar, origo un templo á los huesos del hereje Arnaldo.

Falsificar la patente milagrosa de los católicos y urise en la corte celestial la gritería de obispos, curas y frailes, fué todo cuestión de horas. ¿Cómo, decían, pueden hacer milagros esos huesos si tienen la exclusiva los del catolicismo? Bueno que hablara la burra de Balaán, añadan; pero los camellos de Mahoma? ¿Mentira y más que mentira! ¡Calumnias, fraude, bellaquería! Y tenían razón; los huesos humanos, pura cal, es imposible que hagan milagros.

Es decir, los huesos de Mahoma, de los herejes y anticatólicos. Porque de esto, ningún cordero... de Cristo ignora que los de San Ganelón, San Apapicno, San Expedito, etc., están expeditos para hacerlos.

Como hoja de perejil pusieron, pues, frailes y curas, á los tiriteros que hacían milagros á los huesos del hereje; y habiendo llegado tan á tiempo de Roma, con fanatismo fresco, el obispo y cronista Lucas de Tay, les probó, como dos y una son ciento, que esos milagros eran obra del demonio; pero que él iba á hacer uno que valía por mil, y el suyo no era grilla, sino auténtico.

Hacia, según el interesado cuenta, diez meses que no llovía; la cosecha anunciaba ser mala y el ayuno eterno. Lucas les prometió que si derriban el templo y se ciegan en los milagros de la fuente y de Arnaldo, lloverá en el plazo de ocho días. (Todo esto lo asegura D. Vicente Lafuente «Historia de la Iglesia».)

Lucas que, entre paréntesis para que no se entore nadie, (era un embusterero de tomo y lomo), acertó; llovió el octavo día (lo dice él), y hace derruir el templo, y los herejes fueron exterminados hasta no quedar ni rabos, ni memoria de ellos.

Habían, pues, matado la oposición. Lo mismo hacían los ingleses cuando nos ayudaron en la guerra de la Independencia; quemaban nuestras fábricas, y ¡á Dios, competencia!

Hay cosas tan graves, tan gordas y tan... en esto de la milagrería, que por más serio que el narrador se ponga, el hilván le resulta siempre un tanto desigual, y la copia un sí es, no es sacarrón!

Por lo demás, la persecución de Arnaldo y de sus huesos, su templo, su fuente y su muladar fueron mercedisimas.

Figúrese el lector que Arnaldo calumniaba á los presbíteros y frailes con frases tan falsas como éstas: «La Iglesia está corrompida de los pies á la cabeza, todos los cristianos se condenan; los frailes aún más, porque no tienen caridad; más vale una limosna que una misa; col fundar capellanías y dejar misas para después de muerto, ya de nada sirve al difunto, etc., etc.»

A primera vista estas máximas parecen verdades como templos, pero ya hemos visto que no eran tan malos ni ayudadores los arzobispos Fonseca, Carrillos, Lunas, etc., etc.; y además, almatámoslos como tales, y entonces ¡adiós cocido de la amas!

Arnaldo y sus milagros están, pues, según nuestra santa Iglesia romana, bien despachurados.

En vista de esa avaricia, de esa moliciosa y de esa omnipotencia teocrática, concébase que la reacción clerical no tendría freno ni límites.

Siéntese desde la invasión oluniense el influjo avasallador de la intolerancia católica, y se ve y se tocó que esa reacción no es nacional ó lática, sino clerical, monástica, pontificia.

El fuero dado por los cluniacenses á Sahagun es el código del despotismo, del atropello, de la barbarie más despiadada. El pueblo es tratado en él como una acémila; la personalidad humana brilla en él por las injurias que recibe de los frailes; el humilde vasallo no podía trillar, moler trigo, coocer pan, ni moverse sino cuando, dónde y cómo los frailes querían. Así éstos y aquél, vivieron en un perpetuo motín.

Compare el lector el despotismo y barbarie de este fuero con la liberalidad del dado á Molina

por sus señores, los Manriques; á Calatayud y Doroca por los reyes aragoneses; á las ciudades castellanas por sus reyes y condes, y se convenorán de que la corriente bárbara, sanguinaria é intolerante en España no es nacional; es inspiración é impulso recibido de Roma, del catolicismo.

Y para que pueda formarse el lector una idea de lo bestial y casi salvaje de ese impulso, oiga la voz de los Concilios coetáneos.

Habló el de Valladolid (1322): «Prohibimos (á los cristianos) que os sirváis de médicos y boticarios moros y judíos, porque su dureza y crueldad, su malicia es tal, que bajo el nombre de médicos, cirujanos y boticarios engañan y envenenan solapadamente al pueblo cristiano al propinar esas medicinas, cayendo en inminente peligro de muerte. Por eho los cánones de los padres de la Iglesia los prohíben saludablemente.» (Sub vclamine medicina, chirurgia et apothecariorum calliditate insidiantur, et nocent populo christiano, dum eis medicinas propinant, ex quibus nominariqum pericula mortis incurant, etc. Aguirre Col. de Con. III, 566.)

¿Lo oye el lector? No son los reyes, los nobles ni las Cortes los que ordenan esto, sino los padres de la Iglesia.

Concilio de Tarragona (1329). «De acuerdo con el de Viena prohíbe, que los moros invoquen, siquiera en la calle, el nombre de Mahoma, abuso abominable, dice, que debe desterrarse, y lo castiga con la excomunión. (A terribis nisi abominabile auferretur abusu... quod sarraeni eisdem subiecti, alla voce invocant nomen perfdi Mahometi... Aguirre, III-378 y 79.)

¿Concibe el lector todo lo horrible del delito? Nombrar á Mahoma en la calle; ¡y está en el siglo XIV!

Porque como dice la caritativa clorigalla: perfectamente justo que en el siglo IX Flora y María, perfecto é imperfecto puesten en las Mesquitas y llamen ladrón, esteta y canalla al dios de los moros; pero, ¿viveiros? ¿En qué país vivimos? ¿Y la ley del embudo de la corruptora Roma?

¿Compare el lector siglos y procederos; moros y cristianos!

El Concilio de Salamanca, 1356, escribe: «Mandamos que ningún cristiano, clérigo ó laico, enfermo ó convaleciente, llame jamás á un moro ó á un hebreo médico, ni reciba de él medicina.»

Evan á las bestias, tan mal intencionados y fanáticos, que, reconociendo, como reconocían, la superioridad de los doctores somitas, preferían que los cristianos se murieran antes que llamarlos.

Y añade: «Si una infiel lacta ó alimenta á un niño cristiano, ó un esclavo infiel educa, ó escribe y trata con familiaridad á un creyente, queda ipso facto excomulgado (si infidelis filium nutritur, seu lactaverit, vel fidelis infidelis mancipium famuletur, seu familiariter scripserit, in excommunicationis sententiam pro facto.» Aguirre III-589.)

¿Concibe más salvaje, más despiadado é infame no proceder? ¿Es la clerocal enemiga del género humano? ¿Anatomatiza por eso el matrimonio? ¿Insta por eso á que los hijos é hijas abandonen á los padres? ¿Es por eso por lo que los primeros frailesos se marchaban al desierto á morar con las alimañas, sin roerse jamás la mugre y los parásitos? ¿No es ella la que pervierte la humanidad, pisoteando sus leyes y haciendo santas á malas madres, como Santa Paula ó Fronnot de Chantal, que abandonan pisoteando á sus hijos?

El Concilio de Palencia (1353), obliga á moros y judíos á vivir en las poblaciones separadas de los cristianos, á respetar las fiestas de éstos, é no trabajar los domingos, á no entrar en las casas de los católicos, á recogerse al anochecer, á no vender fuera de sus barrios, etc.»

Cuando se compara esta conducta con la tolerancia de aquellos califas cordobeses, se siente uno inclinado á concebir que el catolicismo pervierte los sentimientos de la humanidad.

Frente á esa conducta de la extranjera influencia de los vaticanistas, anima ver cuán más hermoes eran, á la sazón, los instintos del pueblo español.

El Cid, al tomar á Valencia, manda que los cristianos saluden á las autoridades musulmanas. Lo propio ordena Alfonso VI al conquistar á Toledo.

El rey D. Ramiro, al dar fueros á Jaca, dice: «Si alguno tomare vivienda en sarracone ó sarracone de su vecino, llévola al palacio real, y el dueño déla pan y agua, porque es hombre y no debe ayunar (Fernández y González, «Los mudéjares», pag. 114.)

Tan bellos ó más son los sentimientos que el Batallador muestra en los fueros de Casada, Calatorao, Daroca, etc., en los que equipara á moros y cristianos. En muchos fueros aragoneses, para evitar que éstos saqueen á los vencidos, se prohíbe á moros y judíos venderles sus fincas (M. S. de la Bibl. Nac., S-105, lib. XVII, Sta 7, 9 y 11); mientras las Cortes de Valladolid (1295) ordenan lo contrario precisamente, y hasta que los moros tomen nombres cristianos. (Ordanes reales de Castilla, lib. VIII, tit. 8.º, Ley 4.ª.)

Las Constituciones de Pedro IV (Cortes de Monzón, 1363), mandan que los médicos y boticarios moros y judíos se admitan como los cristianos, y que sean examinados por sabios de ambas creencias, para mayor rectitud. (Fernández y González, «Los mudéjares», 338.)

Y más hermoes es aun el fuero dado por Doña Baenaventura Alborn, viuda de Egérico, á los moros de Chelva (1197), pues en él respeta

sus leyes, sus costumbres, sus faquies, sus me- zquitas, etc. (Ibiden, 586); corriente liberal arago- nesa que nos explica cómo en el siglo XVI (1517) aún existía la aljama de Calatayud con su res- pectivo cadí (Ibiden, 572).

MOSEN EL NABAAR.

EL PROFESOR HENRI DE LACAZE DUTHIERS

Profundamente apenado escribo estas cuartil- las. Recibo la triste noticia de que ha fallecido el insigne maestro, el eminente académico, el sabio naturalista, el hombre generoso, a quien tanto deben mis discípulos, los alumnos de la cátedra de Zoología de la Universidad de Barcelona.

Hace poco recibí su última carta; su pulso era seguro aún; en ella me recordaba la memorable fecha de 1.º de Julio de 1900, en la que hicimos entrega, el rector y una comisión de catedráticos de nuestra Universidad a la Francia científica, en los espléndidos salones de la Suborna, del ad- mirable busto en bronce, obra maestra de Bonlliure, que la Facultad de Ciencias de Barcelona do- dicaba a M. de Lacaze Duthiers, en prueba de re- conocimiento por los generosos servicios que en sus laboratorios nos prestaba.

Acababa de hacer el maestro su testamento científico, y recibía en vida el homenaje más gran- de que hombre de ciencia alguno ha recibido. Ante la República francesa, representada por el ministro de Instrucción pública y los directores generales del ministerio, ante la Universidad de Francia, encarnada en su rector y en los decanos de sus Facultades, ante la Academia, el Museo, el Observatorio, el Instituto Pasteur, los Centros científicos todos de París, en período tan excep- cional como aquel en que congregaba la gran Ex- posición los frutos del trabajo de la inteligencia humana del orbe entero; presentes sabios de to- dos los países, una Universidad extranjera, ofre- cía como tributo de admiración, de respeto, de agradecimiento a M. de Lacaze Duthiers, el busto en bronce del sabio zoólogo, espléndida obra de arte en que el genio español puso todas sus delicadezas y todos sus bríos, los destellos más brillantes de su luz incomparable y su pasmosa naturalidad, dando vida tal al bronce duro, que parecían brotar de los labios metálicos las pala- bras reposadas, irrefragables de estructura y nutridas de doctrinas, de aquel á que representa- ba.

Y entre el estruendo de los aplausos, ante aquella asamblea de hermosas cabezas que alber- gaban los cerebros más luminosos de fin de si- glo, cerebros que dejarán en la Historia humana brillantísimas páginas escritas, incliné su frente el viejo maestro, retratándose en su rostro, sur- cado de expresivas líneas, la emoción más pro- funda; su voz era apagada; sus palabras fueron un recuerdo de los años felices en que labró el pedestal de su gloria con el estudio del coral en las riuñesas costas de las Baleares, alientos para nuestra patria, hacia poco desmembrada por el imperio bruto de la fuerza, que aun amasalla al derecho y á la justicia—según decía con dolor, recordando la triste situación que atravesó su Francia, por él idolatrada,—consejos para noso- tros sus discípulos, los depositarios de su fe y de su sabiduría, los que en su vida activa, en su labor incansable, generosa, hemos de inspirarnos, para que la obra del maestro sea imperecedera.

¡Qué día aquel! Desde entonces ha vivido casi retirado, pero siempre animoso, impulsando á todos, sirviendo de consejero á los suyos.

Logró ver en todo su esplendor los Laborato- rios de Rosoff y de Banyuls que había creado, sostenido y elevado á establecimientos científicos de primer orden con un trabajo titánico, consa- grando á ellos todas sus energías, todo su saber, todos sus recursos; legó su obra á la Facultad de Ciencias de París, que ha honrado tantos años con sus locaciones; envió su biblioteca de acadé- mico á la Facultad de Ciencias de Barcelona, que la guardará con orgullo, nombró la persona- lidad eminente que le ha sucedido en la Direc- ción de los Laboratorios, obrando en todo con tal previsión, con sabiduría tal, que si en vida creó y fomentó medios científicos de importancia ex- traordinaria, supo asegurar la continuación de su trabajo para después que él desapareciera del mundo!

¡Qué hombre! Puede estar de él orgullosa Fran- cia. Con razón llora su pérdida, que la lora la Ciencia que no tiene patria, que no reconoce fron- teras, que vive en la región adonde sólo llegan las águilas del pensamiento, en que es imposible trazar líneas divisorias del mundo.

Llore también la modesta Ciencia española la pérdida de M. de Lacaze Duthiers; se preocupaba de nosotros más que de Francia, su generosidad para la luminosa, la caballerosa España—como él la llamaba,—no tenía límites. En mi corres- pondencia con él hay cartas llenas de ternura, escritas en los días tristes de nuestros desastres; llenas de generosidad, diciéndonos que dispuésie- mos profesores y estudiantes españoles de sus la- boratorios, que fuésemos á aprender y á investi- gar en ellos; llenas de aliento, diciéndonos que confiásemos en la Ciencia y que la cultiváramos, porque ella sería la base de nuestra grandeza y de nuestra prosperidad, y llenas de consejos que no olvidaráis mientras vivas.

Merced á él, mis alumnos han pasado la ban- dera española por el mar en el vapor del Labora- torio Arago, sondeando y dragando en el fondo del Mediterráneo; han escuchado lecciones de eminentes profesores franceses, y han contri- buido en fiestas memorables á estrechar las re- laciones entre Francia y España, en beneficio nuestro.

No es esta ocasión, ni oportuno el lugar, para hacer la crítica de la labor del sabio que ha des- aparecido de entre nosotros, cumpliendo la inflexi- ble ley de la naturaleza. Basta consignar que en todo el mundo se le tiene por una de las figu- ras científicas más eminentes del siglo pasado. Escribió mucho, fué un trabajador infatigable en el mar y en el laboratorio; señaló rumbos nuevos á la Zoología experimental, que son hoy la base de innumerables descubrimientos; los Archivos de Zoología, que él fundó, son un arsenal de incoen-

table valor, un verdadero monumento científico, y sobre todo logró crear esos laboratorios que son gloria de Francia y templos de la ciencia.

Ha muerto en su riuñesa posesión de Las Fons, en las orillas del Dorduña; allí le visitamos el año pasado Bonlliure y yo. Estaba ya muy de- licado; hacía meses que no abandonaba sus habi- taciones; el reuma, el maldito reuma, residuo de sus fatigas, de aquellas horas que pasó agua á la cintura estudiando la vida de pólipos y molus- cos, cuando no tenía barcos ni aparato alguno, ni siquiera medios materiales suficientes, hacía ter- ribles progresos y ha dado en tierra con su ro- busta naturaleza.

Le rodeaban solícitos cuidados; por las turbias mañanas, de neblina densa que casi ocultaba la mansa corriente del caudaloso río, en días que ya para España eran primaverales, y para la región aquella de Francia la despedida del invierno, tomprano, se le veía asomar tras los cristales del vestíbulo de su residencia, á recibir el saludo de dos fieles amigos, hermosos ejemplares de la raza canina del Pirineo, enormes, casi imponentes, que aguardaban de pie, fija la mirada en el amo, á que éste le diera la señal de retirarse.

Bonlliure tomó nota de aquella escena, é hizo de ella inspirado apunte.

Cuando el genial artista y yo llegamos, me- joró mucho; salió al día siguiente el sol, y el an- ciano maestro dió con nosotros un paseo por su finca.

—Me habéis traído el sol de España—nos do- decía;—si yo pudiera visitarla otra vez!

—La visitará usted, maestro—le dijo Bon- lliure;—yo le acompañaré, y haremos un viaje por Andalucía.

Casi entero nos pasábamos el día hablando de nuestro país; á ratos, de mis proyectos científicos que él suscitaba para alentarme, y grandes ratos dedicábase al Arte, del que era apasiona- do.

Cuando quedábamos solos, Bonlliure, pen- trante observador, me decía:—¡Poco vivirá M. de Lacaze!

Ha querido reposar en Francia, pero junto á España y en su Laboratorio; se le enterrará en Banyuls. Ha dispuesto también que sobre su tumba se coloque el busto de Bonlliure.

Aquel lugar será desde hoy sagrado para la Ciencia, la presencia del fundador nos alentará á todos. Ha de ganar—como el Cid—muchas bata- llas después de muerto! El busto de una expresi- ón tal que parece materia viva, producirá á los discípulos durante su trabajo la ilusión de que el maestro vela y dirige.

Cada año iremos en peregrinación científica, y los estudiantes españoles á la vez que nutran su inteligencia con las enseñanzas que el Labo- ratorio, el Acuario y las excursiones marítimas les proporcionen, depositarán sobre la tumba del fundador, ¡flores de España!

Mallorca, Julio de 1901.

ONÓN DE BUEN.

(De El Liberal.)

JESUS-CHRIST

SES APOTRES ET SES DISCIPLES

AU XX.º SIECLE

PAR EL

CONDE CAMILO DE RENESSÉ

Ya son 15 las ediciones que se

llevan hechas de este famoso trabajo

que publicamos como folietón.

La revolución religiosa.

Atended.

Oíd.

Tenemos el pie puesto cerca del término de la

revolución religiosa.

No es una clase social, son todas las clases

las que van desertando ya de la Iglesia.

En Francia, donde la luz es cada día mayor,

es también más universal la protesta contra una

religión que ha perdido la razón de ser.

Lo estáis viendo: no es un demagogo el autor

del libro y de democión católica, titulado *Jesus-*

Christ, sus apóstoles y sus discípulos, que estamos

publicando, es un noble de elevada posición.

Pues bien, ese libro está dedicado á otro hom-

bre de la más alta posición, que piensa lo mismo

que el conde Renesse.

Leed esa interesante dedicatoria, que dice así:

«Al Sr. Almirante Réveillère,

en Brest.

Querido y muy honorable fraternal amigo:

Después de haber pasado cuarenta años sobre to-

dos los Océanos del mundo, entre toda suerte de

pruebas y peligros, «adorado de sus subordinados,

incomparable en los días de peligro por la

energía y la sangre fría», según escribe uno de

nuestros oficiales; después de haber recorrido en

todos sentidos las cinco partes del globo, tiene

usted bien merecido derecho al descanso; pero

aún le parece haber hecho poco por Francia, y ha

consagrado sus últimos años á la regeneración

moral de su patria. Sus obras: «La Conquista del

Océano», «Un golpe de sonda en el Océano de los

misterios», «Alrededor del mundo», «Los tres ca-

pos», «Meditaciones de un autarquista», «Contra

viento y marea», «Cruz y creciente», «Política

autarquista», etc., etc., le han colocado en la

primera fila de los pensadores, de los filósofos y de

los literatos, como ya lo era entre los comandan- tes más populares de la Armada francesa.

Un caso nos puse en relación. El magnífico discurso que usted pronunció como presidente honorario de los Azules de Bretaña, en 1898, á propósito del general Hoche, me dió á conocer nuestra semejanza de sentimientos en cuestiones religiosas, políticas y sociales. Desde entonces, relaciones cada día más íntimas se establecieron entre nosotros, y sus excitaciones no han contri- buido poco á lanzarnos con más ardor en la lucha contra los prejuicios, contra el error y contra la mentira. Adoptando su divisa: «honrar á Dios, amar la humanidad, obrar valientemente», he escrito este libro que le dedico, sin temor á los ana- temas, que mi franqueza va á levantar á mi alre-

dedor, y con la convicción de que no puedo hon- rar mejor á Dios y probar mi amor á la humani- dad que luchando con energía contra las causas de desmoralización que envuevenan su bello país de Francia y el mío.

Dignos recibir, mi querido y muy honorable fraternal amigo, la expresión de mis más devotos sentimientos.

CONDE DE RENESSÉ.

Niza, Castillo Beaulieu, de 1.º Octubre, 1900.

La revolución de las conciencias está, por tanto, hecha.

Vendrá, indefectiblemente, la revolución en los hechos.

UN RASGO DE MENDIZÁBAL

Después que el tigre Fernando VII fué insta- lado en el trono absoluto á favor de los *Cien mil hijos de San Luis* que le envió la Francia envile- cida por la Restauración borbónica, los liberales del período del 20 al 23, tan calumniados por una historia embustera y amañada, emigraron á Lon- dres.

Entre ellos iba Mendizábal llevando con él un hijo de pocos años, que, al ser trasladado á aquel clima frío y brumoso, quedó como atenido, con los músculos del pecho contraídos y con el des- arrollo casi completamente paralizado.

Había que consultar un médico. Juntaron las bolsas los compañeros de emigración, y entre to- dos aquellos exministros, exdiputados y persona- jes que acababan de ser dueños, durante tres años, de España, sólo pudieron reunir media li- bra esterlina.

Con ella se presentó, acompañado de su hijo, Mendizábal, á un médico afamado, diciéndole:

—Señor, soy un emigrado español que no puedo pagar á usted por la consulta más que media libra esterlina, si usted no puede prestar- me ese servicio en tan corto estipendio, haga el favor de indicarme otro médico más económico que lo haga.

El médico comprendió la situación, y no sólo reconoció al niño, sino que se ofreció á curarle gratis. Lo primero que necesitaba el enfermo era nutrirse bien, y entre los alimentos que recetó el médico figuraba uno que había de tomar diariamente y que costaba de tres á cuatro du- ros.

¡Tres ó cuatro duros!

Había que renunciar á salvar a aquel niño, don- de estaban concentrados todos los amores del gran patriota.

Pardondo se enteró de lo que pasaba la familia de un banquero que habitaba el cuarto principal de la portería en que se había instalado perentoriamente Mendizábal con su esposa é hijo, y como éste jugaba por las tardes en el jardín con los niños del banquero, le hacían luego subir á darle de merendar, y todos los días, sin faltar uno, había de comer una cosa para el niño ex- traña, y que no habría visto jamás, era un nido de golondrina salangana; el alimento costoso que le había recetado el médico.

Con lágrimas en los ojos se llegaron al fin á enterar los amantes padres de aquel rasgo de ge- nerosidad del banquero inglés.

Marcharon los tiempos.

Mendizábal llegó á ser también banquero de Londres y á manejar millones como si fueran monedas de 10 céntimos. Y sucedió que al hacer un viaje á Londres desde España, se enteró de que el banquero inglés generoso amparador de su hijo había quebrado y tenía su casa en liquidación.

Acto continuo se fué Mendizábal á la Bolsa y mandó comprar por su cuenta cuantos créditos hubiera contra el banquero, y ya que los tuvo en su poder, los quemó todos, volviéndose á España sin haber visitado al banquero.

Todavía estará la familia de éste esperando, con asombro, la presentación de los acreedores de la casa á realizar sus créditos, creyendo obra de encantamiento que la deja en posesión de una fortuna que pertenecía á aquellos acre- dores.

Mendizábal no dijo sobre ello una palabra á nadie.

Sólo en el seno del hogar se explicó diciendo:

—Tampoco dijo el banquero nada cuando alimen- tábale á nuestro hijo con nidos de salangana, dándole la vida.

¡Eso es un grande de España!

Candidatura de Salmerón.

Hemos leído que se intenta presentar la can- didatura de Salmerón por el distrito de Baza (Linares).

No conocemos el origen de la noticia, pero su sólo enunciado honra á quien la haya echado á volar.

En el Parlamento actual hace falta la palabra de Salmerón. *No se ha tratado allí la cuestión reli- giosa*, y nadie tiene los elementos para tratarla que él.

Por otra parte, Linares, es sobre todo, una *ciudad librepensadora*, y toda representación que venga de allí sin carácter predominante será falsa, mentida, inadecuada. Ahora bien; Salmerón tiene también ese carácter predominante sellado en su doctrina y en sus actos.

Desgraciadamente, por torpezas de todos, Li- nares se ha empequeñecido en los últimos tiem- pos; pero la sido, y debe ser, una ciudad de *altu- ra*, y nada más propio para que su nombre suene donde debe y como debe, que juntarlo al elevado de Salmerón.

Todo ocurre así para que, en las presentes circunstancias, sea la candidatura de Salmerón la que corresponde á aquella ciudad, la obligada.

Si lo quiere aquel distrito, puede, además, en los momentos que corren hacer triunfar esa can- didatura.

Mas para ello se necesitaba una resolución es- tra y decidida de aquella masa electoral; que toda- entora, marchase como un solo hombre á las urnas. Desgraciadamente no confiamos en ello. Hay en aquella masa, de un fon to hermoso, de una condición excelente, sin duda, fermentos nuevos que la disgregan y separan loca y noicemente, todo nacido de la falta de instrucción.

Por su parte, en los elementos directores falta aquel hermoso entusiasmo de otras voces; el in- terés se ha sobrepuesto en muchos á las ideas; los

motivos pequeños, los celos, las ambiciones, las rivalidades se han sobrepuesto á las aspiraciones grandes.

¡Qué bella ocasión de ir á depositar to las esas cosas pequeñas ante un gran altar! ¡Qué bella ocasión de venir todos á una reconciliación amo- rosa, abriendo una nueva era á aquella demo- cracia!

El dilema para la democracia linarense está claro: retraerse ó luchar. Retraerse en un distri- to como aquel, en que hay tantas condiciones de triunfo, es una indignidad y una vergüenza. Ya que se va á la lucha, hágase lo que en la demo- cracia francesa hacen ya republicanos y socia- listas, aunar sus votos sobre aquel candidato más significado, y para el caso presente ninguno tan significado como Salmerón; porque han de olvidarse allí los liberales de que son republica- nos, socialistas ó demócratas, para acordarse sólo de que son librepensadores, teniendo siempre en cuenta que lo que constituye el carácter y el honor de aquella población, en mal hora olvidado, es el haber ido en la vanguardia de las luchas anticlericales.

LECCIONES DE HISTORIA SAGRADA

(PARA USO DE LAS MAESTRAS DE MADRID)

Aun queda que contar de la historia de Abraham.

Ya habéis oído su mérito: engañar á Faraón, prostituir á su mujer, comerciar con el cuerpo de ésta y tener mediante ello muchos bu- rros, muchas burras, muchos bueyes, muchas va- cas, muchos carneros y de toda otra clase de ganado, ser amo de muchos siervos y de muchas siervas, y haber atesorado mucho oro y mucha plata.

No había realizado otras hazañas. No hizo un descubrimiento científico, ni liber- tó ningún pueblo, ni escribió ninguna obra im- mortal, ni llevó á cabo, en suma, ninguno de esos actos que hacen acreedor á un mortal á que se le rindan honras y se le levanten estatuas.

Sin embargo, el Dios de la Biblia le colmó de mercedes, haciendo en favor suyo una cosa ver- daderamente estupenda, no sólo darle el reino de Canaán para su disfrute, sino para el disfrute de toda su descendencia por una eternid. d.

Vedlo aquí.

Habla la Biblia:

«Y dijo el Señor á Abraham, después que Lot se separó de él: Alza los ojos y mira desde el lu- gar en que ahora estás hacia el Septentrion y el Mediodía, hacia el Oriente y el Poniente.

«Toda la tierra que registres dará á tí y á tu posteridad para siempre.

«Y haré tu linaje como el polvo de la tierra: si puedo alguno de los hombres contar el polvo de la tierra, podrá también contar tu descen- dencia.»

Pues si al embustero y sin honra Abraham le daba Dios todo esto, ¿qué no merecerán los hom- bres veraces y honrados?

Pero este Dios de la Biblia resulta á fin de cuenta un hombre sin formalidad, sin palabra é hiperbólico como un andaluz. Porque aquella promesa de dar á los Judios por siempre la tierra de Canaán, no fué, ni mucho menos, cumplida, lejos de ello fueron de allí arrojados, viviendo errantes por el mundo, sin hogar á pesar de la protección de Dios.

Además, lejos de hacer el linaje del pueblo judío tan grande como el polvo de la tierra, sin que se pueda contar, es un pobre linaje que se puede contar mejor que el de cualquier otro ori- gen, y que se ve mermado á cada instante, por matanzas de que no le libra la protección di- vina.

Señoras maestras de Madrid: ¿Y eso es una historia sagrada? ¿Y eso es un Dios serio? ¿Y tie- nen ustedes conciencia para hablar de la vorda- dora historia de Abraham á las niñas, de aquel Abraham que comercia con la honra de su mujer! sin que se le enciendan los labios de vergüenza? ¿Y tienen ustedes conciencia para hablarles de Abraham ocultándoles su verdadera historia, falsificándola, sin que su honor profesional caiga en las letrinas?

¿Saben ustedes lo que hace un verdadero maestro, un maestro coloso de la verdad, de la justicia, del amor del profesorado, un maestro que respeta como la virginidad de sus hijas la virgi- nidad de las almas de los niños que la sociedad le confia? Pues hace lo que acaban de hacer to- dos los maestros franceses en el Congreso anual que han celebrado, pedir que se retire del pro- grama moral la parte relativa á los deberes del hombre para con Dios.

Ese Dios de la Biblia, con que comercian los clérigos y cuyos hábitos, vestidos señoras maestras de Madrid, besan, ese Dios que recompensa prodiga- mente al deshonesto Abraham, castigó á los inocen- tes egipcios, promete y no cumple, hace hiperbó- los como un charlatán andaluz, ese Dios, no me- rece, en verdad, ser tomado en serio por una ge- neración de hombres que aspiran á cumplir con severidad irrefragable todos sus deberes.

Diganos, señoras maestras cléricales de Ma- drid, diganos por su honor, ¿serán capaces de enseñar á las niñas puestas bajo su dirección es- tas enseñanzas verdídicas de la Biblia?

«Y Sara, mujer de Abraham, no habría parido hijos; mas teniendo una sierva egipcia por nombre Agar.

«Dijo á su marido: «Hé aquí, el Señor me ha hecho estéril para que no pariese; entra á mi sierva, para ver si por lo menos tendré hijos de ella. Y condescendió él con sus ruegos: «Tomó á Agar, egipcia, su sierva, al cabo de diez años que habrían comenzado á habitar en la tierra de Canaán; y dióla por mujer á su marido.

«El cual cohabitó con ella; pero cuando ella vió que había concebido, despreció á su señora...»

¡Qué os parece de esta lección moral!

¡Mezclar á Dios con esas cochinerías y llamar á eso Historia Sagrada, y obligar á los jóvenes á estudiarla seis ó siete años en los institutos!

—Do suerte que—se dirá para sí un niño, que por acaso lea la Biblia para enterarse bien de la Historia Sagrada—puede ser que yo sea hijo de alguna criada de mi casa, que mi madre haya on- tregado á mi padre como entregó Sara á Agar para que Abraham la diera hijos!

Se necesita toda la vilciza que el reinado sa- cerdotal ha impreso sobre el alma española para poder darse cuenta de que esas historias indecen-

tes, groseras, inverosímiles, sin finalidad alguna humana pasan ante el mundo como cosa sagrada.

Cuantos hayáis oído poner el nombre de Abraham en las nubes, sin conocer su verdadera historia, por no haber leído la Biblia, y ahora os enteréis de esa historia, os llenaréis seguramente de indignación al saber que es os ha pintado como santo, hombre de tan torpes é indignos hechos.

¡Pues en todo lo demás que hablan los clérigos no dicen más verdad que en esto!

A los hechos que habíamos narrado en el artículo anterior no ha añadido nada Abraham (á parte de andar á cuchilladas con los reyes del país que no aceptaban sin protesta la donación caprichosa Dios) sino ese delito de adulterio propuesto y consentido por su propia mujer; pues bien, Dios para recompensar á hombre de historia tan vulgar y sucia, renueva su pacto con él diciéndo:

«Ponré mi alianza entre mí y tú, y te multi- plicaré en gran manera...»

«Y estableceré un pacto entre mí y tú, y entre tu posteridad después de tí en sus generaciones con alianza eterna; para ser Dios tuyo y de tu posteridad después de tí.»

Esto es, que Dios hace un pacto eterno con la raza judía para protegerla sobre todos los pueblos y además para sostenerla en la tierra de Canaán, y aun remacha la promesa volviendo á decir:

«Y daré á tí y á tu posteridad en tierra de tu peregrinación, toda la tierra de Canaán en heredad perpetua, y seré el Dios de ellos.»

Todo lo cual ha resultado mentira, porque los judios fueron pronto arrojados de la tierra de Canaán, y en vez de protegidos por Dios, son por todas partes malditos de Dios.

¿Quién dará fe á la Biblia? ¿Quién creará en ese Dios que falta á la verdad de los hechos?

No deja de haber su paillo cómico en la historia de Abraham.

Bajó Dios en compañía de otros dos sujetos á hablar á Abraham en el valle de Mambré, anun- ciándole que tenía un hijo de Sara, el cual había de llamarse Isaac; pero como contaran Abra- hám y Sara mucha edad creyeron aquello una broma del Señor. Daba Dios estas promesas á Abra- hám mientras comía en unión de los dos descono- cidos bajo un árbol á la puerta de la tienda donde moraba el patriarca, y entre tanto Sara que, como curiosa mujer, debía tener pegado el oído sobre el lienzo de la tienda echósa á reir ante aquel anuncio, porque le «había cesado ya la costum- bre de las mujeres» dice la Biblia.

Entonces el Señor le dijo á Abraham:

—¿Por qué se ha reído Sara, diciendo: «Será verdad que yo he de parir siendo vieja?»

«¿Pues qué, para Dios hay alguna cosa difícil? al plazo señalado volveré á tí en este mismo tiempo, teniendo vida, y tendrá Sara un hijo.

«Sara, llena de temor, le negó diciendo: no me he reído. Y el Señor: no es así, replicó, sino que te has reído.»

—¿Qué si te has reído.

—¿Qué no me he reído.

¿Y se puede tomar en serio á ese Dios?

Abraham, en prueba de su obediencia á Dios, lleva su hijo Isaac á sacrificarlo sobre un altar levantando el cuchillo para segarle la cabeza; pero un ángel baja del cielo y detiene su mano parciéndo.

¿Cómo la iglesia ha sublimado ese acto del pa- triarca!

Pero ese es un acto bárbaro, desnaturalizado, perverso. Un padre recto no mata á su hijo, aun- que se lo mande Dios. De imponerle Dios tal mandato le contaría:

—Yo no puedo obedecer una orden que está en contradicción con todas las que tú, mi Dios, has impuesto en mi naturaleza. Varía mi ser, hazlo de modo distinto á como es, y entonces te obedeceré.

Degollar un padre á un hijo es en efecto un crimen espantoso, tal, que todas las leyes le casti- gan con pena de muerte. ¿Cómo Dios iba á or- denar un crimen? ¿Y cómo ha de ser meritorio un hombre como Abraham que intenta cometer un crimen por el cual todas las legislaciones le hubieran condenado á las mayores penas?

¿Véis si es repugnante que se ofrezca á la in- fancia como un acto sublime el que es un acto bárbaro y espantosamente criminal?

En vez de hacer lo que acaba de hacer ese mi- nistrillo de Instrucción pública, débil, floco, inconscientemente liberal, nombrar sacerdotes del Dios del pueblo Abraham capellanes de institu- to, lo que exige la civilización, siquiera por car- riosidad y limpieza, es barrer todo lo que huele á esa inmoral y grosera religión.

Luz y Sombra

en un abismo al resto de nación que ha dejado ese perjuro liberticida.

Otro clérigo parraicida: El Caffaro de Génova en su número de 4 de Junio último refiere un horroroso crimen cometido por un sacerdote.

He aquí los pormenores del sangriento drama:

«Nápoles á 3 de Junio de 1901, 2 horas 20 minutos p. m.

En este momento nos llega de Abelluco la noticia de un bárbaro delito cometido por un sacerdote. Este se llama Presbítero Aquiles Fedesio, vecino del pueblo de San Polito, comunidad de 1.300 habitantes; y sostenía constantemente acaloradas disputas con su padre, el abogado Pascual Fedesio.

Tales riñas, debidas á cuestiones de intereses, llegaron á exasperar de tal manera al sacerdote, que éste había amenazado muchas veces al autor de sus días.

Anoche el indigno eclesiástico, para satisfacer su inoble sentimiento de venganza contra su padre, aguardó armado de un revolver, en la sombra, que el pobre viejo transitará por una calle desierta, y allí, escondido en una puerta, tan luego como el padre pasó delante de él, desceñó el arma y disparó varios tiros, de modo que el infeliz anciano espiró á los pocos momentos después, cubierto de heridas y anegado en su propia sangre.

El parraicida trató de huir, pero cayó en manos de la autoridad.

La indignación en el tranquilo pueblo de Polito fué tan grande, que éste quería hacer justicia sumaria con el infame sacerdote criminal, y apenas fué posible arrancarle á la ira popular.

Los que viven en guerra con la Naturaleza no es extraño que cometan esos crímenes, que son espanto de la Naturaleza.

Una casa editorial de gran renombre en los Estados Unidos, encargó al Sr. Fernández Juncos, distinguido literato portorriqueño, la formación de un libro de canciones, destinadas al ejercicio del canto en las escuelas primarias de toda la América donde se habla idioma castellano.

La casa editorial, sin conocimiento del Sr. Fernández Juncos, insertó en el libro una poesía, donde se insulta groseramente á España.

Al conocer el hecho, envió el Sr. Fernández Juncos á la casa editorial una hermosa protesta donde rebosan los sentimientos de dignidad y nobleza que ha aprendido en la lengua de Cervantes, y que todavía no han llegado á comprender yankis ni catalanistas, siendo esa, y no otra, la causa de sus groserías contra España.

Con dinero, con honores y con cosas se puede, sin duda, muchas veces realizar, conquistar guerras; pero no se llega á conquistar la nobleza y la dignidad del alma, que es producto de una lenta y dificultísima labor de los siglos, sólo realizada por contados pueblos como España.

La casa editorial americana ha confesado que ignoraba las cosas hermosas que le ha dicho el Sr. Fernández Juncos; pero que ya tenía impreso el libro y que no podía prescindir de venderlo como está, á reserva de retirar la poesía en otra edición.

El Sr. Juncos ha respondido que retiren la edición y él renunciará á sus derechos como el músico, también español, de igual masa é igual dignidad.

¡Es lástima que los groseros estén arriba y los nobles abajo!

Ya está consumada la traición.

Ya ha enviado Sagasta sus instrucciones al Vaticano para pedir la reforma del Concordato; esto es, para solicitar de aquel extranjero, jefe de los jesuitas y de los frailes, que nos dispone su protección en el arreglo de la cuestión religiosa, autorizándonos á rebajar algunos sueldos de clérigos con varias modificaciones más en nuestras leyes.

Eso es una ignominia; en nuestra ley no mandó nadie más que nosotros; en nuestro bol-tillo, que es con el que se paga á esos clérigos, no manda nadie más que nosotros.

Con ello es una traición miserable que hace Sagasta á la España liberal. En la Revolución de Septiembre los Gobiernos de que formó parte Sagasta no fueron á pedir permiso al Vaticano para derribar lo más esencial del Concordato, que es la unidad católica.

Sin dignidad, sin honor, sin conciencia será todo español que no proteste con todas sus energías contra esa ignominia y esa traición.

¿Sabéis lo que descuellan, sobre todo, en el templo que se acaba de inaugurar en Torrelavega?

Pues es un pararrayos magnífico, regalo de un indiano. Viendo el clero la impotencia de la religión para librarse de la furia celeste, tiene que ir á pedir ayuda y protección á la ciencia.

Allí, á los pies del pararrayos que corona el templo de Torrelavega, se ve al Cristo clavado en la cruz, llorando su impotencia para preservar á sus templos del furor de las tempestades!

Que los bravos socios del Circulo Repu-

blicano de Torrelavega digan á la chusma ignorante católica, señalándoles al Cristo humillado bajo el pararrayos:

—¿Dónde están vuestros milagros, si para preservar vuestros templos tenéis que acudir al amparo de nuestra ciencia redentora?

Un hombre muerto de un navajazo por cuestión de 15 céntimos. Otro medio muerto en el mismo día, de otro navajazo, por cuestión de 10 céntimos.

Estos hechos, dignos de rifones, se realizan todos los días en Madrid.

¿Por qué?

Porque no hay enseñanza moral del pueblo. Porque los clérigos encargados de esa enseñanza no se cuidan sino de decir misa en lengua que el pueblo no entiende y en gozar con sus acaes.

Otro de los culpables de esos asesinatos es el gobernador. Oye el gobernador de Madrid impasible los relatos de esas muertes, lo mismo que hizo su antecesor con los de los asesinatos que se cometían durante su mando. No piensan, no prevén esos gobernadores, no saben cumplir su deber. Están puestos para volver por la vida de sus administrados y los dejan matarse sin ocurrírseles inventar algo para evitarlo.

Y el medio está á la vista, es el que emplea un buen padre con sus hijos: no consentirles llevar armas, prohibirles usar navajas.

—¡Ah, quién logrará ésto! dicen los estúpidos atados á las rutinas.

Lo logra una autoridad que tiene cerebro y tiene bondad.

Se emplea para ello el consejo, la persuasión, la excitación amorosa, el convencimiento.—¿A qué os matáis, tontos, por cualquier cuestión—se les dice—eso es digno de fieras, no de hombres.

Si os enfadáis locamente, que todo quede reducido, á lo más, á daros algún golpe, pero no á heriros. Para eso hay un medio ceder todos, desarmaros voluntariamente; vengán las navajas y las pistolas, quien quite la ocasión quitó el peligro. Es por vosotros mismos, por vuestra seguridad, por vuestra vida por lo que os hablo.

Ayudadme vosotras, madres, esposas, hermanas, en esta obra que tanto os interesa, porque á la infame navaja debéis muchas vuestras desgracias ó vuestra orfandad. Obligad á los hombres con vuestros ruegos á que me entreguen las navajas.

¿No se conseguía por voluntad? Se obligaría por la fuerza, reclamando el concurso de todas las autoridades y agentes, é imponiendo inflexibles correctivos á los contumaces.

Quererlo, en suma; eso bastaría para deterrar esa navaja que es ignominia y afrenta de la sociedad española, apartándola del resto de la sociedad europea, como se apartan de lugares habitados los lobos y los tigres.

Los institutores franceses se han reunido en Congreso.

Apenas constituidos, un grito formidable ha salido de todos los pechos diciendo: «¡Viva la República!»

Si se reúnen maestros y maestras de Madrid, su grito será:

«¡Viva el corazón de Jesús!»

Cierto que los maestros españoles ayudan y tienen por escuelas peggilas, mientras los maestros franceses están instalados en palacios escolares.

Un cura que se fuga con una hija de confesión.

Dice El Universal, de Méjico, perteneciente al 21 de Julio:

«Después de los escandalosos sucesos motivados por la fuga del padre Amado, rapándose á la Srta. María Padilla; de las graves acusaciones presentadas contra el excura Antonio Icaza y que ameritaron su prisión, y de tantos hechos realizados por los llamados ministros de Dios y referidos en nuestra sección titulada «El Drenaje clerical», hoy tenemos que agregar otro que también promete ser sensacional.

Según se nos informa, ayer ha desaparecido de una de las parroquias más importantes perteneciente á uno de los más pintorescos pueblos de los alrededores de la capital, el cura F. B., huyendo en compañía de la joven I. C., que era su hija de confesión. Mañana daremos todos los pormenores de este suceso, que causará gran escándalo en nuestra sociedad por lo conocido que son el cura y la señorita que con él se ha fugado.

¡Vaya una religión, vaya una iglesia, vaya unos clérigos!

Viene de gala el periódico de Pepe Estrañi porque se ha inaugurado la iglesia de Torrelavega.

Mientras los templos de piedra consagrados á una religión muerta se levantan en esta triste tierra, los templos vivos del talento y de la idea, caen y se derrumban.

La imbecil sociedad que nos rodea gasta el dinero para levantar iglesias y para destruir talentos.

¡Necia!

Ya vendrán las ideas á barrerlo todo,

como ha sucedido en Cuba, donde los templos de que se ufana una sociedad podría, como se ufana hoy la santandera con el de Torrelavega, están ya en manos de los herejes yankees.

LOS MAESTROS FRANCESES

Se han reunido en gran Asamblea los maestros franceses.

La alegría, la vitalidad, la plétora de libertad, con la multiplicidad de resoluciones y acuerdos han rebosado en la Asamblea.

«¡Barriga llena á Dios alaba!»

El maestro francés es otro. Con el Imperio fué un paria, siempre con la frente inclinada al suelo. Ya grita, levanta la cabeza, reclama la igualdad universitaria al lado del Profesorado, de Institutos y Facultades; habla de frente al poder público.

El Gobierno daba hecha la pedagogía á los maestros. Hombres que desconocían la enseñanza primaria legislaban sobre enseñanza primaria.

Ya el maestro francés grita:—Basta. Y comienza á hacer la pedagogía de su país.

Es una plétora enorme de resoluciones y acuerdos sobre temas pedagógicos la que se ha desbordado en el Congreso de Burdeos.

«¿Cuál debe ser la base de la educación social?»

Hé aquí uno de los temas que más han agitado á la Asamblea:

«Ninguna». Sería la conclusión de nuestros maestros pegados á la sotana de los clérigos.

Los maestros de Madrid decían:

«La religión».

Los maestros franceses han acordado que esa base debe ser la solidaridad y la libertad.

¡Ah, también ha acordado suprimir de los programas los deberes para con Dios!

«Y, cosa singular!»

Á la vez, otra Asamblea de la gran Liga de la Enseñanza francesa, celebrada con la asistencia de un ministro, ha tomado el mismo acuerdo respecto á dichos deberes.

«Lo mismo, exactamente lo mismo, á que tienen las lecciones de Historia Sagrada que nosotros dedicamos á las maestras napolitanas!»

Ténganlo en consideración esos republicanos que se llevan las manos á la cabeza al oír á algunos de sus correligionarios renegar de Dios, ya no podrán ser republicanos en Francia, porque aquella República se está convirtiendo en atea.

Váyanse, váyanse con los conservadores y reaccionarios defensores del Dios protector de Abraham y de su concubina Agar.

«¡Y bien! Las escuelas francesas se quedan sin Dios; pero se quedan con maestros pléticos de alegría, de dignidad y de esperanzas al comenzar á verse tratados como hombres y como funcionarios predilectos, alcanzando cada día más la conciencia de la alta misión que cumplen en la sociedad.»

¡Abrid los ojos maestros españoles! La República es vuestro honor. La monarquía es vuestra infamia.

EL DIQUE DE SUBIC

Ampliando las noticias que por telegrama comunicó, debo decir, y repetir, que las pruebas oficiales que se hicieron el día 5, hubieran podido traer graves consecuencias, si no se dotienen á tiempo, teniendo en cuenta que dentro de Carlos V iba toda su dotación.

Demos algunos antecedentes. La conducción del dique desde su punto de construcción á la isla de Mahón se hizo con toda felicidad. Entró en el puerto, y al ser conducido al puerto de amarre, situado entre el Luzaroto y la isla de la Calarentona, no se calculó bien las distancias, y faltó poco para que ocurriera una avería, pues inclinándose más hacia la isleta, rozó con unas piedras que hay junto al muelle y estroñó una lanca que se hallaba entre esto y el aparato. Corregida su posición se procedió al amarre.

Antes de las pruebas oficiales se hicieron algunas preliminares, pudiendo el público apreciar siempre, que la sumersión y emersión del dique no se efectuaba á nivel, sino con una inclinación de proa á popa en sentido lateral. Dijese que se hacía expreso.

Todas las pruebas parciales que se hicieron iban á cargo del personal de la casa constructora, como iban también á su cargo todos los trabajos preliminares para la prueba oficial. Afirmase que el personal encargado de la recepción del dique intervino en todas estas operaciones é hizo algunas observaciones á las maniobras ordenadas por los ingenieros ingleses; no debo negarlo, como tampoco puedo afirmarlo, mas si fuese cierto y los ingenieros ingleses, únicos directores de las pruebas oficiales, admitieron sus protestas, las indicaciones del ingeniero español, responsables de la reforma admitida no son los españoles, sino los ingleses; por lo contrario, si las exigencias del ingeniero, solo fueron aceptadas, salvando los ingleses su responsabilidad por medio de protesta, las consecuencias, deben recaer sobre el personal receptor. Hago estas observaciones, porque si bien en un principio se dijo que la causa principal del desastre fué la poca resistencia del dique, hoy parece que se atribuye á la mala dirección que dieron á las pruebas.

Vamos á ver lo que pasó.

Anticipada la noticia, el público acudió á presenciar las pruebas oficiales, de modo que estas se hicieron ante miles de personas. Natural es que los empleados de la casa constructora debían desear en aquellos momentos que las pruebas se realizaran con verdadero éxito, no sólo para recibir los aplausos de aquel inmenso público, sino para dejar bien sentada la reputación de la casa que representaban. Todo el mundo ansiaba conocer los detalles de la operación, y es natural que se fijaran en todos los pormenores. La sumersión del dique empezó á las 7, y fué tan lenta, que terminó á las 10 y 1/2; total 3 y 1/2 horas para sumergir el aparato. Operación pesada en extremo que empezó ya á impacientar al público, sobre todo á las personas que habían visto funcionar otros diques. Observé durante esta operación que el dique no se sumergía á nivel, sino con una inclinación en sentido longitudinal y otra en sentido transversal, teniendo que nive-

larlo de cuando en cuando, lo que retardó la operación. Esta parte, pues, dejó mucho que desear. Una vez sumergió la máquina, entra el Carlos V; se procedió á su colocación y á su amarre, empleándose en ello cerca de hora y media, y, por último, se empezaron los trabajos de emersión, que tuvieron que suspenderse por espacio de una hora para dar tiempo á los trabajadores para tomar alimentos. Reanudáronse á eso de la una ó la una y media, y continuaron hasta las tres y media, hora en que se suspendieron por haberse notado que la cosa no iba bien. El ingeniero Sr. Castellote dió la señal de alarma, y, de común acuerdo con los ingenieros ingleses, procedió á toda prisa á sumergir de nuevo el dique, cuando aun faltaba elevarlo unos 10 pies para dejar en seco el Carlos V.

Durante la emersión notóse también que el dique subía desviándose lateral y longitudinalmente, con un desnivel bastante considerable; que algunos barros ó estacas que sujetaban el Carlos V contra las paredes laterales del dique hacia el lado menos emergido se encorvaron, mientras que las del otro lado se mantenían tiradas y que algunas planchas laterales del dique sobre que descansaban los barros, ya encorvadas, hacían movimiento. La emersión parcial del Carlos V duró desde las doce á las doce y media, y desde la una á las tres y media. Total, dos horas y media para elevarse menos de la mitad.

Estos son los hechos observados, que el público unánimemente presencié. Ahora, ¿cuáles fueron las causas que impidieron ó malograron la operación? ¿Se debe el fracaso al aparato ó á la mala dirección de los trabajos? Esto no se ha dilucidado todavía, y en caso de haber habido mala dirección, tampoco se sabe quien es el responsable de ella, porque aunque las pruebas se hacían bajo la dirección de los representantes de la casa constructora, se veía allí que todo el mundo mandaba. Ingleses, españoles, americanos, y no sé si también algún ruso, daban órdenes á diestro y siniestro, y ninguno lo salvó y otro todos lo mataron.

Una observación. Demos por sentado que la emersión se hubiese verificado sin dificultad alguna. ¿A qué hora hubiera terminado? Pues al paso que iba, seguramente á las seis ó seis y media de la tarde, de modo que el dique en cuestión, en su primera prueba oficial, con un buque de 9.000 á 10.000 toneladas á cuestas, hubiera empleado de cinco á seis horas en terminar su misión emergente. No son muchas horas que digamos. Hubiera podido emplear más, no hay que dudarlo; pero, lo que es al Gobierno español, si tiene que cargar con un dique que para elevar un buque de menor tonelaje de 12.000 toneladas necesita de cinco á seis horas, no lo arrendaría nadie la ganancia, y mucho menos sabiendo que durante la emersión casi siempre mantiene el plano virtual del buque fuera de la plomada ó vertical, que para muchos es esto una friolera, una bicoca.

J. FERRER.

¡CUIDADO!

En los meetings últimos se ha echado á volar la idea de la huelga general.

Los obreros reflexivos, los obreros conscientes, deben ponerse en guardia sobre estas resoluciones proñadas de inmonos peligros.

La huelga general es un acto revolucionario; pero de la revolución más grave y difícil, de la revolución social.

¿Es que está preparado el proletariado español para hacer esa revolución?

Solo un atolondrado podrá contestar por la afirmativa.

La revolución social se encuentra entre nosotros en el período no ya siquiera inicial, sino solo de incubación.

La ignorancia de nuestra clase obrera es excepcional entre el proletariado universal, y aun aquella parte militante del proletariado está muy lejos de haberse forma lo una idea clara, una idea precisa de lo que es la revolución social, y aun dentro de esa parte militante hay la más honda, la más radical división acerca de la manera de concebir el futuro orden social, pues mientras los unos quieren hacer del Estado un soberano imperioso é irresistible á todas las voluntades, los otros rechazan toda autoridad del Estado, afirmando la independencia plena de cada voluntad individual.

En suma, que sólo comienza á iniciarse en la idea del régimen nuevo una infima minoría de la masa obrera, y esa minoría está dividida radicalmente, sin que ninguna de ambas fracciones haya podido elaborar soluciones concretas para un orden social futuro, teniendo cada una de ellas un concepto radicalmente distinto de ese régimen.

En tal situación ¿qué revolución cabe hacer? Imaginad, solo que se quiera revolucionar un orden, el orden pedagógico, y que la revolución triunfara. ¿Qué iban á hacer los proletarios triunfantes? ¿Qué grandes principios educativos podrían establecer si comenzaban por no saber en su mayoría leer ni escribir?

¡Pues el orden pedagógico era una parte mínima de la revolución!

Es una locura por tanto, una demencia de parte de nuestro proletariado, aspirar hoy á hacer una revolución social.

Es el proletariado francés, que nos lleva medio siglo de adelanto, y no está ni mucho menos preparado para la revolución.

Por su fortuna, lo reconoce la parte más consciente del mismo, y uno de los educadores de ese proletariado, Gabriel Deville, el traductor de las obras Marx, decla no hace mucho tiempo: «nosotros no queremos el poder de una minoría revuelta, sino de una mayoría consciente, y los proletarios de París, los más ilustrados de Francia, al oírle hablar así lo aplaudían en señal de asentimiento.»

A todo el mundo le consta la fuerza y el poder conquistado por el socialismo alemán á favor de su sabia organización. ¿Es que pretende ni siquiera aquel proletariado hacer la revolución social?

El pensamiento de realizar aquí actos revolucionarios de carácter social sólo puede ser un producto de espíritus acalorados, que no tienen ni siquiera idea de aquello en que consiste una revolución.

Lo peor que lo pudiera ocurrir al proletariado español sería triunfar en un movimiento revolucionario, porque demostrada al día siguiente su total incapacidad para crear nada nuevo, caería ensangrentado bajo los golpes de una terrible reacción que lo sometería bajo su hierro durante larguísimo período de años.

¿Con que no pudo afirmar este pueblo su revolución política, con que no pudo afirmar la República y va á afirmar la revolución social? ¡Cuidado, mucho cuidado en no dejarse arrastrar por utopistas!

Los espíritus acalorados del 73 nos han traído treinta años de reacción con su rosta de prisioneros, ostracismos y fusilamientos. Sería el pueblo un insensato, si después de tan terrible onseñanza cayera en las mismas alucinaciones y en los mismos extravíos. No tienen derecho algunas docenas de alucinados á labrar la desventura de multitud de familias proletarias y á despojarnos á todos de la poca libertad de que gozamos.

¿Qué, ¿no tienen bastante con lo ocurrido en la Coruña?

Allí triunfaron las sociedades obreras, teniendo bajo sus pies durante casi un día á la autoridad. ¿Y qué? Como aquel proletariado no tenía ni idea de la revolución social, se encontró con que no sabía qué uso hacer de su triunfo, teniendo indefectiblemente que entregarse á la autoridad. Resultado final: algunos obreros muertos, otros condenados á presidio, multitud de familias arrojadas á la miseria, toda la clase popular sufriendo á consecuencia de la perturbación producida en la vida económica de la ciudad.

¿Es esto lo que se quiere traer por el resto de las ciudades de España?

¡Alerta obreros! ¡A desportar! El peor enemigo lo lleváis dentro de vosotros mismos. No os dejéis guiar por la alucinación y el arrebató.

La revolución social no se puede hacer en las calles, hay que hacerla primero en las conciencias. Mientras no forméis un hombre nuevo, en vano queréis traer un régimen nuevo. Con materiales toscos y por labrar, necesariamente os empujaréis ó levantar un palacio, cuanto más haréis una miserable casucha. Lo primero es labrar y preparar los materiales. Luego vendrá el levantar el palacio. Sin largos años de educación laica y de universidades populares no hay que soñar en levantar el futuro régimen.

¡Ah! ¿os parece largo el tiempo á los impacientes? ¿Es que queréis gozar al punto de la victoria? Indignos sois los que ese estado de alma tenéis de llegar á ser libres.

¡Aprended niños mal educados y atacados de furia de gozar de la victoria, de los que hemos pasado la vida en el vencimiento, sin jamás decaer ni arrastrar á nadie á locas empresas!

Lo que hay que hacer, es triunfar antes ó después, es evitar el arrastrar locamente á la desgracia y á la muerte á infelices familias proletarias, como ha sucedido en la Coruña, y para ello no dejarse engañar por ilusos y alucinados.

¡Cuidado!

ASAMBLEA ANTICLERICAL

D. Fernando Lozano.

Propone Lerroux en un admirable artículo la reunión de una Asamblea el 26 de Septiembre próximo.

De esa asamblea, y formada por los elementos, agrupaciones y colectividades que á ella concurren, debe salir enérgica y potente la Liga Anticlerical Española, para anar en un solo movimiento y en un solo impulso los esfuerzos aislados de los radicales. Que los delegados de las sociedades, representadas cuando salgan en manifestación sea porque hagan pública muestra de que se encuentran unidos para luchar por la libertad; que la dicha manifestación pública sea la prueba patente de que se ha firmado el pacto, y que el mitin que se celebre el mismo domingo por la noche sea el comienzo de la campaña de agitación. La Liga Anticlerical Española debe ser radical, muy radical, avanzada y revolucionaria como las circunstancias reclaman.

Al acto deben ser invitadas todas las sociedades obreras de toda España por medio de los periódicos radicales; los centros republicanos, las sociedades librepensadoras, los grupos libertarios, las logias masónicas, y en general todos los elementos libres del país. Los partidos radicales, como el federal, el gorninalista, tienen escritos en su bandera el odio al clericalismo; la separación de la Iglesia y el Estado, la expulsión de las congregaciones monásticas y demás medidas reclamadas imperiosamente por la opinión liberal. Es preciso que si se lleva á efecto la Liga Anticlerical, ésta tenga como guía de sus trabajos y aciató á sus energías estas mismas conclusiones. Hace falta hablar claro, y ejecutar más bien que hablar. Es menester dejar de pedir al Gobierno lo que sabemos de antemano que no nos va á conceder, peso á todo su pseudo liberalismo, tan parecido á la libertad como el de un fufero.

La Liga Anticlerical Española podía ser el emblema de la latina, explanada en estas columnas por un valiente escritor, y la primera piedra del gobierno humano de que nos habla el eminente pensador Teófilo Braga.

Piensen los Blasco Ibañez, Soriano, Lerroux, Pi y Suñer, Junoy, Nakens, Salmerón y García, Dorado, Guichot, lo mismo que los Mella, Prast, Urales, Lorenzo Bonafulla, Maccini y Claudio Frolo, y otros igualmente defensores del progreso y la emancipación humana, que el clericalismo, que las religiones, que la idea de lo sobrenatural es la rémora mayor que tienen las reivindicaciones políticas y sociales, tanto de los pueblos como de los individuos. Para combatir las supersticiones religiosas deben estar unidos los republicanos de todas las tendencias, los socialistas y los libertarios.

Por lo tanto yo, humilde y anónimo soldado de la Revolución, invito á los hombres radicales de verdad, á hacer algo útil, algo provechoso, á que del terreno de la teoría pasen al de la práctica. Que se pongan al frente del pueblo; que si éste ve que lo guían al combate y que no lo abandonan en el momento del peligro, tengan la seguridad completa de que los seguirán.

PEDRO VARGAS BATALLER.

Granada, 11 de Agosto de 1901.

BUFONERIAS SACERDOTALES

Tomamos de La Unión Obrera de Jerez: «Con todo el aparato que su interesante argumento requiere, han celebrado en Arcos las fiestas religiosas de la patrona, virgen de las Nieves, a cuyas fiestas han asistido, para mayor esplendor, el canónigo de la catedral de Sevilla (diócesis de Spínola) D. Bartolomé Romero Gago, y el curita D. Francisco Ruiz, que presta sus perjurios en Jerez; los cuales como naturales de Arcos, creyeron la cosa más natural del mundo ir allí a festejarse y regocijarse a sus paisanos; y «damos a Dios» subieron a la cátedra de Pedro, para lo que verá el curioso lector que leyere hasta el fin.

En Arcos ha estado hasta la fecha la instrucción primaria, al menos para los pobres, completamente reducida a cero, pues si bien hay una escuela pública, se ha tenido al maestro luengas temporadas sin cobrar, y si no se ha tenido de hambre, ha sido porque se las ha tenido que buscar como su particular ingenio le ha dado a entender.

Y ¡cosa rara! ni al clero de allí, ni a los curitas que allí nacieron y andan recogiendo pesetas a cambio de misas por esos pueblos de Dios, ni al mismísimo D. Bartolomé Romero Gago, que con tan buen éxito pecuniario canonicos en Sevilla, se les ocurrió nunca pensar que era preciso instruir a esos niños, ni mucho menos que se iban a «perder sus almas» si no se les enseñaba religión.

Peró es claro, se fundaron las sociedades obreras, crearon escuelas con el ahorro quitado al estómago una escuela para enseñarles, lo propio para vivir en sociedad y poder cumplir su misión en el mundo, y a pretexto de que la escuela es láica, se dijeron el canónigo y el cura: ha llegado la hora de meter la pata, y ¡zas...! «emeticieron las ocheo...!»

El canónigo, después de una larga erapeión a guisa de Vesubio rutístico, en que se despañó a su gusto con la libertad, los liberales, los librepensadores y demás personas decentes que le quitan el sueño a los zánganos, quiso demostrar con un caso práctico la maldad de la enseñanza láica, y en verdad sea dicho, estuvo el hombre a la altura de su reverendo obispo el padre Spínola cuando escribe pastorales. Y si no, juzgue el lector de la argumentación del Romero Gago: «Había en Huelva una madre, y esta madre tenía un hijo, que siempre fué bueno y obediente; púsole la madre en una escuela láica, y al salir de ella le pegó a su madre. (Horror, terror y furor!) La buena señora no se explicaba este fenómeno, hasta que el párroco le hizo comprender que de todo tenía la culpa la pícara enseñanza láica.»

«El demonio son estos canónigos cuando después de haber llenado el abdomen de buenas magras, vino añejo y confites de monjas se ponen a discutir!»

Sólo un imbécil hace argumentos de esa clase en un país donde un clérigo acaba de ser llevado a la horca por asesinar a su padre.

El hecho es que en Arcos no había enseñanza baja, ni siquiera del trono y el altar, y ya ha contentado a haber merced al sacrificio sublime de los honrados obreros.

Hay que hacer pagar a los directores de ese régimen perverso su maldad para con el pueblo. Después de tener el pueblo comedido en las sombras le insultan.

A derribarlos, a encañonarlos, a quitarles el suelo. Que comiencen a sufrir la pena merecida a sus crímenes.

JUEGOS FLORALES

Degradación.

Nótese en el pleno señorío de la Restauración como en Madrid se desarrolló con furor la afición a las verbenas.

Bajo gobiernos envilecidos, la plobe no se preocupa sino del goce y la diversión. Todas las noches había verbenas en Madrid con borracheras, bailes y el lujo de las más escandalosas obsesidades. Asco daba ver a las parejas que danzaban en aquellos bailes. De allí vino la chulgueria que ha degradado y envilecido al pueblo madrileño.

Mientras el pueblo se daba a la lujuria y a la borrachera, los sagastinos se entregaban al goce en su célebre corte celestial del matute, expidiendo cartas blancas a los caciques para que ro-

baran los pueblos, y a los negociantes de todas castas para que entraren el brazo hasta el codo en los servicios públicos, dando su tributo a los paniaguados de Sagasta y Cánovas.

Al compás de las líbricas danzas de las verbenas, se fabricaron aquellos buques, buques que ardan como toa y se iban a pique a la primera embestida de los yankees; los cañones que reventaban, los proyectiles que no salían de los cañones ó de los fusiles porque les faltaba el fulminante ó se había descompuesto la pólvora; toda aquella inmensa podredumbre que barrieron los yankees en un par de arremetidas.

El alma de las verbenas estaba allí en todo aquel material de guerra, con su podredumbre, con su hediondez, con su sensualismo asqueroso é inmundo provocado por aliento asqueroso é inmundo de los restauradores.

¿Arrepentidos y corregidos? Otra señal clara de que seguimos la misma vía de degradación y de miseria, es el furor desatado ahora por los Juegos florales.

Un pueblo sediento de grandes reformas, que necesita de una revolución para europeizarse, como ahora se dice, se entretiene neciamente en desenterrar instituciones ridículas de la Edad Media, con sus reinas, sus trovadores, sus cortes, sus mantenedores, sus partos poéticos, hueros y postelantes.

Y ahí los tenéis a esos mismos que gritaban en las Asambleas de Zaragoza que era preciso entregarse al trabajo como jornaleros hasta levantar a esa patria desmoronada y deshecha por sus gobernantes, dejándose llevar de la nueva corriente de melicío, yendo a envolverse entre los perfumes de esas cortes ridículas con sus reinas improvisadas y sus damas de escenario, distribuyendo premios a esos autores de composiciones insulsas que en vez de hacer versos hueros debieran estar cavando la tierra.

«Ahí lo tenéis; ese es el mundo que aquí flota, domina é influye; el que en la prensa de gran circulación se regocijaba dando cuenta del Madrid de las verbenas, ponía en las nubes las Asambleas de Zaragoza, y ahora casi quiere hacer creer que va a salir nuestra regeneración de los Juegos florales.»

«¿A dónde se va con gongos tan vanas, tan flacas de voluntad, tan superficiales!»

Y véis a hombres de apariencias fuertes dejarse arrastrar por la corriente, porque así lo quiere el medio corrompido y dominante que nos rodea, y mientras hablan en serio de que hay que hacer un esfuerzo gigante para sacarnos de África y meternos en Europa, se entretienen en ayudar a llovernos al fondo de la Edad Media, más bárbaro aún que el Marruecos de hoy.

Ni en cortarse las barbas consentían nuestros viejos heroes cuando recibían un agravio hasta vengarlo. Ahora hemos sufrido la mayor de las afrentas, y los que se presentan como nuevos Cides, con gran aparato de retórica, van a recostarse muellmente sobre almohadones blancos y perfumados de las cortes de amor medioevales.

«Peró es que nos hemos vuelto locos?»

Cuando el mundo del trabajo lucha a la desesperada contra las instituciones del antiguo régimen, que le vedan el paso para llegar a la conquista de la justicia social, es un insulto, un ultraje entretenerse en celebrar fermoniles Juegos florales.

Atestiguan esos juegos la anomia intelectual y moral de nuestra clase media. Incapez de pensar ni de sentir las grandezas de su tiempo, vuelve el rostro a lo viejo y lo rescita para dar pasto a su sed de goces y de diversión.

«¿Y dónde lo hace? En un pueblo como el nuestro, donde tantos motivos hay para glorificar sucesos y personas que han contribuido poderosamente a conquistar la parte de bienestar de que gozamos.»

Con poco que oscarbo en la historia del siglo XIX, no habrá pueblo en España que no registre un suceso ó un nombre glorioso, a cuya conmemoración pudiera consagrar cada año un día de expansión, de alegría, en vez de entretenerse en resucitar esas neñas é insulsas cortes de amor.

Por ejemplo, San Fernando de Cádiz. ¡Qué de extremos de alegría y de orgullo no debía hacer cada año al llegar el 24 de Septiembre, día memorable para toda España, pero especialmente para aquella población, por haber inaugurado en él sus tareas las Cortes de Cádiz con un acto que llenó de justo asombro y admiración a cuantos lo presenciaron!

La ciudad misma de Cádiz ¡qué abandono in-

tellectual y moral no demuestra al dejar de conmemorar anualmente con la fiesta más ruidosa el 19 de Marzo, fecha de la promulgación de la Constitución inmortal, con la cual se abrió una nueva era a la vida de España!

Imagined que se arroja al desproscio la fecha del nacimiento del Cristo. Otro tanto hace Cádiz al dejar de conmemorar el 19 de Marzo, que recuerda el advenimiento para España de una vida nueva, más alta, más libre y más justa que la que supone el nacimiento del Cristo.

Como hemos dicho, abrieron esos sucesos una nueva era en la vida de España, era repleta de sucesos memorables, y en que brillaron los nombres más puros y más grandes que cuentan nuestros anales. Sin embargo, se sigue la estúpida rutina de conmemorar las fiestas del viejo régimen que aquellos ilustres patricios derribaron, y se guarda un silencio sepulcral para las del nuevo régimen, que tan vivamente agitarían nuestro corazón por la importancia capital que han tenido para traernos al estado presente.

Hora es de cambiar de vía. Ya la glorificación en proyecto, de la persona de Mendizábal, inaugurará un movimiento popular saludable en esta dirección. A la ridícula coronación de la vanidad de una joven, el pueblo va a oponer la coronación de un genio bienhechor de la nación española. A la retórica huera ensalzando tiempos de infamia y de ignominia en que el pueblo convertido en siervo vivía sujeto al terruño con cadena villpendiosa, se opondrán los acentos viriles de la gratitud hacia uno de los hombres que, contribuyendo a romper aquellas cadenas, nos han traído la libertad de que gozamos.

¡Vergüenza para las ciudades que preparan fermoniles Juegos florales! ¡Honra a los pueblos que se preparan a glorificar a los heroes inmortales de la independencia y a la libertad de la patria!

JESUS-CHRIST SES APOTRES ET SES DISCIPLES AU XX.º SIECLE POUR LE CONDE CAMILO DE RENESSE

Ya son 15 las ediciones que se llevan hechas de este famoso trabajo que publicamos como folletón.

DESUELLO DEL PUEBLO

Villamayor 14 de Agosto de 1901. D. Fernando Lezano. Tendrá usted conocimiento de lo ocurrido por aquí. Se ha querido desollar al pueblo, y ésto ha gritado; así aquí todo.

Quando el Ayuntamiento se ocupó del último presupuesto, proyectó obras de consideración para la villa de Infesto, sin disponer de recursos para ejecutarlas, é no apelar a medios vejatorios, sin que las razones expuestas por varios concejales hallan podido llevar el convencimiento a la mayoría que acordó grabar con el maximum que da la ley de consumos hasta las legumbres, no sin protestar la minoría, anunciando lo que vino a suceder.

El domingo 4 del corriente se presentaron algunas comisiones en número de setenta y tantos, y en nombre de los demás vecinos del concejo, y entre otras razones que expusieron, se negaban al pago de los cereales, y á hacer una estadística de ganado vacuno, lanar, cabrío y de cerda, que pretendía la Administración de consumos, bajo la multa de 25 pesetas. El alcalde les prometió hacer cuanto le fuese posible para ver de arreglar el asunto según los deseos de los peticionarios, para lo cual llamó al administrador ofreciéndole una cantidad crecida, y que renunciara á los derechos de los artículos citados, no aceptando la oferta él de consumos.

Sabedores los pueblos de esto, anunciaron una nueva protesta para este lunes último, y á prevención se reconcentró en la villa un número considerable de la benemérita con un capitán y un teniente; pero amigo mío, esto irritó más al pueblo, y si no coincidió la llegada del diputado á Cortes por el distrito, D. Manuel Uria, la prudencia del alcalde é algún concejal que arengara

á aquella masa de gonto, y la prudencia de los jefes de la Guardia civil que hasta fueron agredidos, hubiéramos tenido que lamantar muchas desgracias; aún así, las masas indignas destruyeron toda la documentación de la alcaldía, lo de la mesa del secretario, quemaron todos los papeles del felato central, y gracias que el personal había desaparecido y que la casa pertenecía á un particular, pues de ser de la empresa, lo queman todo.

Ayer martes, marchaban á Infesto de varias parroquias más de 400 contribuyentes sin distinción de clases con su correspondiente bandera; pero se les pudo convencer y volvieron para sus domicilios pacíficamente; pero está el concejo sublevado, y según su actitud, ni tomen Guardia civil, ni hay poder que contenga aquella masa de gonto, siendo las peores las mujeres, que abofetaban hasta á la Guardia civil, siendo las que forzaron las puertas y quemaron los papeles de alguna importancia del Ayuntamiento.

No le doy más detalles porque llenaría muchas cuartillas. Hé aquí á lo que conduce este abuso sistemático é insostenible que se viene cometiendo con el infeliz pueblo español.

PARA LA OBRA DE «LAS DOMINICALES»

- Valencia. Trabajadores de Valencia, por un decenio de acción, 10 pesetas; Emilio B., 10; Juan Ferrer, 10. Ferrol. Andrés Sinera, 2 pesetas; José Martínez, 2. Miranda de Avilés. B. Blanco, 1 peseta; E. García, 1; R. Varela, 1; E. Revés, 1; R. Díaz, 1; C. Suárez, 0,25; Feliciano, 1. Santa Cruz de Tenerife. L. R. Padrón, 5,00 pesetas; A. Estrada, 5,00; A. Brago, 5,00; A. P. Carballo, 5,00; G. Wildpret, 5,00; A. Marrozo, 5,00; A. Torrente, 5,00. Monistrol. La valiente Juventud Republicana de Monistrol ha sido una de las agrupaciones que con más entusiasmo han cooperado á la reparación del periódico. Comité de la Juventud Republicana por dos acciones, 100 pesetas; F. Cerda, 5,00; A. Sáez, 5,00; F. Aragónés, 5,00; F. Estrada, 5,00; F. Artigas, 5,00; F. Boix, 5,00; F. Banqué, 2,00; S. Rivas, 1,50; F. Mauri, 1,50; F. Franch, 1,50; F. Boigas, 1,50; C. Artigas, 1,50; F. Alavodra, 1,50; F. Posh, 2,50.

FAMILIA DESGRACLADA

Un cabo licenciado del Ejército de Cuba, con excelente letra, quiere trabajar en algo, sea lo que fuere, con tal de poder mantener á su mujer y cuatro hijos.

Corran las buenas almas en socorro de esa familia desgraciada, que vive Arroyo de Embajadores, núm. 19, Casablanca, cuarto núm. 52.

LIBREPENSAMIENTO EN ACCIÓN

En Muros de Pravia se ha realizado un hermoso acto civil que honra sobre manera á aquella población asturiana. Fallecida allí Doña Matilde Martínez, esposa de nuestro suscriptor permanente Don Emilio Isa y Vara, celebróse el entierro civilmente, según lo tenía dispuesto en su testamento la finada, y el pueblo en imponente masa, casi todos los hombres y gran número de mujeres, entre las que se encontraban las señoras más distinguidas, acudieron á rendir verdadero homenaje de dolor al cadáver, siendo tanto más significativo el acto cuanto que, aparte de ser civil, la difunta no era de la población, como tampoco marido, de suerte que fué una soberbia demostración de hospitalidad y de tolerancia.

Los mismos sacerdotes de la población, penetrados sin duda de la sinceridad del acto y del honor que encerraba para sus convecinos, observaron la más completa corrección sin que nadie les haya oído pronun-

ciar una sola palabra de despecho ó de censura.

¡Tardamos, pero llegaremos! Esa manifestación de tolerancia ofrecida por una población entera, es augurio de futuros días de reconciliación social, en que todos los españoles, olvidando diferencias de partidos y religiones, nos ofrezcamos mutuamente los homenajes de nuestro recíproco respeto y amor.

¡Gócese el Sr. Isa y Vara, en medio de su dolor, en haber contribuido en la vanguardia á esa obra; ayudando con constancia inquebradtable á la campaña del periódico que enarbó aquí por primera vez con mano firme la bandera de la tolerancia. El mismo pueblo, aunque no se arriesgue á exteriorizar sus sentimientos, y siga nominalmente afiliado á la religión de la intolerancia, ya dice bien en esos actos la profunda simpatía que le inspiran las personas que, como el Sr. Isa y Vara y su esposa, saben mantenerse firmemente adheridos á sus convicciones, sin desmayos ni apostasías, hasta dar el último suspiro. La universal manifestación del vecindario de Muros es, sobre esto, una demostración concluyente. No ha habido allí entierro más solemne, prueba de que nada inspira al pueblo tantos respetos como la firmeza, la sinceridad de las convicciones y la fidelidad inmutable á las ideas que se profesan. No hay dinero que pueda comprar demostraciones de respeto como la que ha tributado el pueblo de Muros al cadáver de Doña Matilde Martínez, porque la dignidad, la entereza de carácter y la devoción constante al ideal, valen á los ojos del pueblo más que todo el oro de la tierra.

¡Queréis, pues, haceros acreedores á la estimación pública, queréis contribuir á dignificar vuestro pueblo dándole ejemplos que le inspiren altos y merecidos respetos? Conserváos inmutablemente fieles á los grandes ideales modernos.

PROPAGANDA SOCIALISTA

¿QUÉ ES EL SOCIALISMO?

Comprad este folleto del cual, un gran periódico de Riojaneiro, acaba de decir que ha hecho más socialistas que todos los demás trabajos de este género realizados en España. Precio 25 céntimos de peseta.

POLITICA SOCIAL

Soluciones positivas de la Sociología contemporánea.

ERNESTO BARK

En seis tomos, á 3 pesetas.—Todos juntos, 15

- I. El Internacionalismo. 1. La Internacional Negra, Roja y del Oro.—2. Naciones cosmopolitas.—3. Pueblos precursoros. II. El Socialismo Positivo: 1. Psicología socialista.—2. La cuestión social en España.—3. El Ministerio del Trabajo. III. La República Social: 1. La democracia social en Alemania.—2. La República social en Francia.—3. Política y Sociología. IV. La Revolución y el Arte: 1. Gente nueva. 2. El modernismo literario.—3. El Arte social. V. Estadística Social: 1. El problema de la miseria.—2. Los reyes del oro.—3. La España social. VI. Filosofía del Placer: 1. La moral social.—2. Placeres altruistas.—3. La nueva fe.

MODERNISMO

I. Regeneración.—II. Espíritu moderno.—III. Política Pedagógica.—IV. A los padres y maestros.—V. La Joven España.—VI. Glorias modernas. Precio una peseta, Biblioteca Germinál, Madrid, calle de la Visitación, 8, librería.

Imp. de J. Sastre y C.ª—Santa Catalina, 3, tel. 977.

Folleto de LAS DOMINICALES (9)

JESUCRISTO

Sus apóstoles y sus discípulos

EN EL XX.º SIGLO

(Prohibida la reproducción.)

barra y puesto en entre dicho, decidió trasladar el Concilio á Ferrara y á Florencia. Todas las demás decisiones del mismo Concilio, posteriores á esa fecha, fueron declaradas cismáticas.

XII

No he podido hacer aquí, se comprenderá, más que una relación muy sumaria de esos tres Concilios. Cada cual podrá comprobar su exactitud.

Los límites de este libro no me permiten extenderme sobre las controversias teológicas, las interminables discusiones, las inextricables intrigas empleadas por una y otra parte para hacer triunfar su tesis; sobre el desafortado lujo ostentado por los Papas, Cardenales, Arzobispos, Obispos, Frelados, Abates, Mitrados etc.; todos acompañados de numerosos Cortes, de cortesanías Presbíteros y laicos, de cortesanías también ó de sus esposas, ya que, en aquel tiempo el celibato de los sacerdotes no se había decretado todavía; y, por fin, sobre las pasiones que se

abrieron libre camino, al medio de un ciero tan corrompido que los últimos Concilios habían inscrito en su programa: la reforma de la Iglesia tanto en su jefe, como en sus miembros.

Sea lo que fuere, es cierto que Cristo pareció ayudar muy poco á los miembros del Concilio, animados de tan buen celo y que las costumbres y abusos de la casta sacerdotal continuaron escandalizando al mundo y que la tiara pasó de los de la Róvere á los Borgia.

«No hubo nunca en la catolicidad tantas porfías, traiciones, homicidios y atrocidades lujurias,» escribe Ch. Dreys, profesor de historia en el Liceo Napoleón, en 1863. «El reino de Fernando de Aragón, hijo natural de Alfonso, es un azote para la Italia meridional. En el Norte Juan Galeaz, María Sforza no es otra cosa que un tirano y muere asesinado en una Iglesia. Los Pazzi y el Papa Sixto IV tramán una conjuración contra los Medici. Julián es muerto alevosamente en la Catedral de Florencia; su hermano Lorenzo solamente herido se ve obligado á sostener la guerra contra el Papa que no se muestra bastante vengado con el asesinato de su hermano. Alejandro VI Borgia, espanta á la Iglesia y al mundo por la audacia hasta entonces inaudita de sus crímenes.»

La traición, el pillaje, el robo, el estupro, el adulterio, el incesto, el asesinato por el puñal y por el veneno, tales son las virtudes cristianas que los más altos dignatarios de la Iglesia, los continuadores de los apóstoles enseñan al mundo durante todo el décimo quinto y décimo sexto siglo. Desafío á los teólogos á contradecirme, y á negar los hechos que enumero ó á justificarlos de algún modo.

Por eso prefieren no hablar de ellos y dejarlos en el olvido.

Algunos contestan que las leyes de la divina Providencia son impenetrables; que ésta favorece, en ciertos casos, lo malo para cumplir sus miras profundas sobre los destinos de la humanidad. Tal fué la doctrina de Bossuet, y la del Padre Olivier, después del incendio del Bazar de la Caridad; es también la del R. P. Montsabrú, del R. P. Etourneau y de muchos otros.

La divina Providencia es, según los teólogos, el ministerio, donde bajo el ojo pastoral del Dios bueno, justo, misericordioso, lleno de amor por sus criaturas, se elaboran todas las desdichas, las matanzas, las guerras, las epidemias, las catástrofes, los cataclismos que se precipitan sobre la pobre humanidad.

Para castigar á los Faraones de oponerse al Exodo de los hebreos, la divina Providencia castigó, en tiempos pasados, con las siete horribles plagas de Egipto, no á los mismos Faraones, como la justicia lo hubiera mandado, sino á los desdichados fellahs que no tenían culpa ninguna.

Para recompensar á los jesuitas de haber procurado durante tres siglos introducirse por todas partes en China, para destruir allí

la religión de Confucio, de haber levantado iglesias y catedrales más altas que los palacios de los príncipes y las pagodas de los bonzos; la divina Providencia permite que todos los obispos, presbíteros, jesuitas, misionarios, evangelistas, chinos convertidos sean destruidos. De una nación pacífica de cuatrocientos millones de habitantes, que no tenía ejércitos, que no pedía más que vivir tranquila, independiente, la divina Providencia hace una nación guerrera, cuyos ejércitos formidables asolarán un día la Europa, arrojándose sobre el Occidente, como en otros tiempos, las hordas de Atila y de Alarico.

No hablo de la peste, del cólera que la divina Providencia envía á diezmar poblaciones enteras. No hablo del rayo que destruye é incendia las iglesias de preferencia á todos los demás edificios de las villas, los terremotos que no perdonan los templos consagrados al Señor!

Los teólogos no se detienen por tan poca cosa, tienen contestación á todo, encuentran muy natural que esta divina Providencia castigue á los inocentes, en lugar de á los culpables; exterminie á naciones enteras, por el crimen de unos pocos. La justicia, la razón y la lógica, son para ellos de muy poca importancia, con tal que su comercio marche, y que el dinero afuya en caja.

Peró con este sistema extraño tanto como cómico, para imponerse á los imbéciles, no hay bandido, estafador, asesino, que no pueda pretender, como el Emperador

Constantino el Grande, ó como el mismo Alejandro VI Borgia, ser el instrumento de esa Providencia, singular y poco escrupulosa sobre los medios. Es puramente la delificación de la injusticia y del crimen.

No hay dos justicias, la una para los grandes, queridos de la Providencia, á quien todo está permitido, la otra para los pobres y pequeños que castiga sin piedad.

Que el embelecador, estafador, falsario, impostor, sea vestido de terciopelo y seda, cubierto de la tiara, de la diadema real é imperial, ó bien que sea cubierto de harapos, no dejará por ello menos de ser impostor, falsario, estafador y embelecador. La calidad de la persona, no cambia en nada la gravedad del hecho. La justicia es una para todos. No puede haber dos justicias ni tampoco dos verdades. La reforma que los Concilios no pudieron verificar, que los papas no quisieron hacer; se hizo sola en el siglo diez y seis por la violenta separación del cristianismo en dos trozos: el catolicismo y el protestantismo.

XIII

LO QUE HA SIDO CRISTO, LO QUE HA QUERIDO, es preciso buscarlo en él mismo, con un profundo y concienzudo estudio de su vida.

¡Ha sido el Cristo-Dios anunciado en el Antiguo Testamento, como lo han pretendido gran número de padres de la Iglesia? Eso se podía sostener en una época de igno-